

Richard H. Smith

*Schadenfreude:*  
La dicha por el mal ajeno  
y el lado oscuro  
de la naturaleza humana



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Joy of Pain: Schadenfreude and the Dark Side of Human Nature*

Traducción: Alejandro Pradera Sánchez

*The Joy of Pain: Schadenfreude and the Dark Side of Human Nature* ha sido publicada originalmente en inglés en 2013. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Alianza Editorial es la única responsable de la traducción de la obra original y Oxford University Press no será responsable de ningún error, omisión, imprecisión o ambigüedad en dicha traducción ni de cualquier problema derivado de la confianza depositada en la editorial.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Tomás Zarza

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Oxford University Press, 2013

© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-451-2

Depósito legal: M. 18.084-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Agradecimientos
15	Introducción
27	1. Las alturas de la superioridad
60	2. Mirar hacia arriba a base de mirar hacia abajo
79	3. Los demás tienen que fracasar
107	4. El yo y el otro
134	5. Las desgracias merecidas son dulces
153	6. La justicia entra en lo personal
177	7. El «humillantretenimiento»
204	8. Algo pasa con la envidia
229	9. La envidia transmutada
254	10. Los placeres siniestros se desatan
290	11. ¿Cómo se sentiría Lincoln?
313	Conclusión
333	Notas
387	Índice analítico



# Agradecimientos

Lori Handelman fue mi primera editora en Oxford University Press. ¿Conoce a alguien cuyo criterio sea tan acertado que usted se aferra a cada palabra que dice esa persona, hasta el extremo de que, sea cual sea su propio criterio, necesariamente está incompleto si no lo ha consultado dicha persona? Lori pertenece a esa categoría. Ella le dio el visto bueno inicial al primer borrador de este libro, y acometió la tarea de ayudarme a convertir un diamante en bruto en algo de mejor calidad. La suerte me sonrió una segunda vez cuando Abby Gross se hizo cargo del proyecto. Sobre esos dos pilares, Handelman y Gross, yo podría poner en marcha una editorial. Estaba muy lejos de haber resuelto los problemas del primer borrador, pero Abby se arremangó y abordó la tarea de conducir el libro hasta la fase de edición del texto. Al igual que Lori, la sabiduría de Abby es extraordinaria. Y al igual que con Lori, yo era incapaz de tener un

criterio firme sobre cualquier tema hasta que ella no me daba su opinión. Si este resultado final no da en el blanco en algún sentido, es porque yo he sido incapaz de actuar conforme a las sugerencias de Abby.

Tengo que añadir que todo ha funcionado a la perfección en OUP. El grupo de editores, junto con Abby, que estuvo meditando largo tiempo sobre la cubierta del libro, hizo un trabajo excelente. Yo me había imaginado varios posibles diseños para la cubierta, pero ninguno de ellos se aproximaba al creado por el equipo de OUP. Ha sido perfecto, de verdad. Suzanne Walker, Karen Kwak, Coleen Hatrick y Pam Hanley han llevado el borrador final con mano experta hasta su conclusión con el presente libro.

Este libro es en parte una historia de trabajo empírico, realizado por mí mismo y por un grupo de psicólogos, entre los que se encuentran Norman Feather, Shlomo Hareli, Wilco van Dijk, Jaap Ouwerkerk, Masato Sawada, Hidehiko Takahashi, Zlatan Krizan, Omesh Johar, Colin Leach, Russell Spears, Niels van de Ven, Seger Breugelmans, Jill Sundie, Terry Turner, Mina Cikara y Susan Fiske, así como por algunos de mis antiguos y actuales alumnos: Ron Garonzik, David Combs, Caitlin Powell, Ryan Schurtz, Charles Hoogland, Mark Jackson, Matt Webster, Nancy Brigham y Chelsea Cooper. Una gran parte de ese trabajo está resumido en el presente libro. Estoy en deuda con esos expertos por todos los esfuerzos que han realizado para abrirse paso conceptual y empíricamente en la comprensión de la *Schadenfreude*.

Muchos amigos y colegas míos han contribuido directamente a mi forma de pensar, o simplemente me han

prestado el apoyo de su amistad, lo que indirectamente ha hecho posible este libro. John Thibaut y Chet Insko, de la Universidad de Carolina del Norte, donde me licencié, y Ed Diener, de la Universidad de Illinois, donde cursé estudios de posdoctorado, fueron mis primeros mentores académicos. Ambos hicieron de mí un mejor investigador y pensador. El primer estudio sobre la *Schadenfreude* en el que participé se llevó a cabo en la Universidad de Boston, mi primer hogar académico. Muchas gracias a Ed Krupat, Len Saxe, Fabio Idrobo, Jean Berko Gleason, Henry Marcucella, Hilda Perlitsh, Mary Perry y Joanne Hebden por su constante buena voluntad durante los cuatro años que estuve en el departamento. También al desaparecido Phil Kubzansky, un ser humano maravilloso, con múltiples habilidades, que me dio muchos buenos consejos, entre ellos estas palabras de A. E. Housman: «Consigue los hijos que tuvieron tus antepasados, y Dios salvará a la reina». Un hombre extraordinario.

Actualmente tengo la suerte de trabajar en un lugar, el Departamento de Psicología de la Universidad de Kentucky, que ofrece un entorno cordial, respetuoso y vibrante en lo intelectual, y que incentiva el buen trabajo. Un agradecimiento especial a Bob Lorch, Betty Lorch, Jonathan Golding, Ron Taylor, Art Beaman, Phil Berger, Monica Kern, Larry Gottlob, Charley Carlson, Ruth Baer, Rich Milich, Tom Zentall, Mike Bardo, Phil Kraemer, Mary Sue Johnson, Jenny Casey, Erin Norton, Melanie Kelley, Jeremy Popkin, Richard Greissman, Steve Voss y Mark Peffley.

Numerosas personas leyeron y me dieron sus impresiones sobre uno o más capítulos. Mark Alicke, Phil Ber-

ger, Zlatan Krizan, Rich Milich, Jeremy Popkin, Peter Glick y Stephen Thielke leyeron las versiones iniciales de los Capítulos 9 y 10, y sus comentarios supusieron una enorme mejora para ambos. Además, Mark Aliche, Phil Berger y Stephen Thielke leyeron los Capítulos 5 y 6, y una vez más sus comentarios fueron de una gran ayuda. Stephen fue una constante fuente de observaciones perspicaces sobre la *Schadenfreude* y otras emociones sociales. Phil me suministró muchos recortes de periódicos y artículos de revistas muy pertinentes. Claire Renzetti leyó el Capítulo 7 y me dio algunas referencias sociológicas útiles. Heidi Breiger me aportó la perspectiva de una jueza sobre la evaluación de las reacciones emocionales presentes en las conductas criminales. Jerry Parrott clarificó gran parte de lo que yo pensaba sobre la envidia. En la fase final del proceso, Charley Carlson leyó el penúltimo borrador de todo el libro. Fue una enorme ayuda para afinar algunos puntos.

Antes de entregar la redacción final del libro, Jon Martin, Sarah Braun, Alex Bianchi y Allie Martin, los estudiantes de licenciatura que asistían a mi laboratorio en aquella época, leyeron fragmentos del libro, o su totalidad. También ellos me hicieron sugerencias muy útiles y descubrieron muchos fallos de redacción. Edward Brown, un antiguo alumno licenciado con los máximos honores, leyó todo el libro y me hizo algunos comentarios especialmente útiles.

Mis hermanas, Gillian Murrell y Helen Smith, leyeron el primer borrador del libro. Sus comentarios fueron sumamente útiles para que yo fuera capaz de evaluar fríamente en qué punto me encontraba, qué era lo que fun-

cionaba y lo que no. Agradecí mucho su entusiasmo por lo que yo intentaba conseguir. Mi cuñado, Arch Johnson, que tiene mucho sentido común, siempre estaba dispuesto a actuar como caja de resonancia. Y mi sensata e imparcial sobrina, Julia Smith, leyó las primeras versiones de los Capítulos 5, 6 y 10. Sus comentarios me ayudaron enormemente a clarificar esos apartados.

Hay unas cuantas personas a las que quisiera dedicar un agradecimiento especial. Mi buen amigo Mark Alicke cuenta con todo mi apoyo desde que estudiamos juntos en la universidad, cuando aceptó que yo citara a Shakespeare en vez de los estudios más recientes sobre psicología. Ha estado pendiente de este proyecto desde sus comienzos, a veces leyendo algún capítulo, pero siempre, con un humor inimitable, dándome sugerencias sinceras y constructivas sobre cómo llevarlo a término. Gracias, Mark.

Mi hermano, Eric Smith, leyó varios borradores y me ayudó en todas las etapas, desde suplicarme que escribiera el libro, para empezar, hasta presentarse voluntario para hacer las figuras. No soy la única persona que se ha beneficiado de su disposición a ayudar a los demás, en lo profesional y en lo personal, de una forma sustancial.

He sido agraciado con una familia que me ha brindado su cariño, su paciencia y su optimismo mientras yo trabajaba para terminar el libro. Mi hija menor, Caroline Smith, que comparte mi inclinación a hacer bromas, en vez de quejarse por ser objeto de ellas, simplemente me devolvía alguna broma de su propia cosecha. Esa actitud bromista fue indudablemente una inyección de energía cuando me flaqueaban las fuerzas. Mi hija mayor, Rosan-

na Smith, a pesar de sus muchas otras actividades, hizo los dibujos para el libro. Colaborar con ella en las ideas para esos dibujos ha sido con diferencia la parte más divertida de este proyecto\*. Mi esposa, Sung Hee Kim, leyó concienzudamente el libro por lo menos cinco veces en momentos críticos. Además, gracias a su paciencia innata, creó unas condiciones libres de culpa en nuestro hogar para facilitar que el libro llegara a buen puerto. Más que nadie, con diferencia, ella es la razón de que yo haya completado este trabajo.

Por último, doy las gracias a mis padres. A ambos les debo mi amor por la lectura y por mis actividades intelectuales. Mi madre, Hilary Smith, estuvo trabajando muchos años como asistente de edición en el Departamento de Lengua Inglesa en la Universidad de Duke, y durante esa época contribuyó a editar la recopilación de cartas de Thomas y Jane Carlyle. Sigue interviniendo con rapidez citando algunos versos adaptados cuando surge la ocasión. Con su alegría de vivir, siempre la acompañará la música dondequiera que vaya. Mi desaparecido padre, Peter Smith, que fue catedrático de Química en Duke durante varias décadas, y cuyo padre había sido propietario de una tienda de flores y semillas en Manchester, Inglaterra, conocía y valoraba a Shakespeare, y eso se me pegó también a mí. «Vamos allá, Macduff, y maldito el primero que grite “¡Alto! ¡Ya basta!”».

\* Dibujos omitidos en esta edición.

# Introducción

Ned Flanders, el vecino de Homer Simpson, anuncia durante una barbacoa en el jardín que va a dejar su empleo de vendedor para montar una tienda llamada «Zurdorio», dedicada a atender las necesidades de los zurdos. Ned y Homer rompen el hueso de los deseos de los restos de un pavo; Homer se lleva el trozo más grande y el derecho de pedir un deseo. «¡¡Te vas a enterar!!», exclama, imaginándose una escena en que la tienda quiebra. Se da la circunstancia de que, en efecto, Ned tiene un mal comienzo, como descubre Homer cuando pasa por delante de la tienda unas semanas después. Está «deeesierta», informa encantado a su familia durante la comida. Lisa Simpson, como siempre la hija erudita, etiqueta y define la emoción que siente su padre:

*Lisa:* Papá ¿sabes lo que es la *Schadenfreude*?

*Homer:* No, no sé lo que es la *Schadenfreude*. Por favor, dímelo, porque me muero de ganas de saberlo.

*Schadenfreude*: La dicha por el mal ajeno y el lado oscuro de la naturaleza humana

*Lisa*: Es una palabra alemana para designar una alegría vergonzosa, alegrarse por el sufrimiento de los demás<sup>1</sup>.

En castellano no existe una palabra para lo que siente Homer, pero, como le dice Lisa, sí hay una en alemán: *Schadenfreude*. Es el resultado de unir dos palabras, *Schaden*, que significa «daño», y *Freude*, que significa «alegría», y efectivamente designa el placer que se siente por la desgracia ajena<sup>2</sup>. Este libro habla de la *Schadenfreude*, una emoción que la mayoría de la gente es capaz de sentir a pesar de sus connotaciones vergonzosas.

## Sacar provecho de la desgracia ajena

Aunque la mayoría de nosotros se siente incómodo al admitirlo, a menudo sentimos *Schadenfreude* porque podemos sacar provecho de la desgracia de otra persona. ¿Qué provecho saca Homer de la quiebra del negocio de Flanders? Pues bastantes cosas. Homer envidia a Ned. Aunque Ned es un buen vecino, supera a Homer en casi todo, desde su bien equipada sala de ocio, con cervezas extranjeras de barril, hasta su superior felicidad familiar. La envidia que siente Homer es muy profunda, y adopta su típica forma hostil con ribetes de inferioridad. Cuando Ned fracasa, Homer se siente menos inferior. Además, el fracaso de Ned aplaca los sentimientos de hostilidad de Homer. Se trata de importantes dividendos psicológicos, y por consiguiente deberían hacer que Homer se sintiera bastante bien. ¿Qué mejor tranquilizante para la ineptitud y la animadversión de Homer que el fracaso de Ned?

Puede que usted ya conozca este chiste: dos excursionistas se topan con un oso grizzly mientras caminan por el bosque. Uno de ellos se tira al suelo de inmediato, se quita las botas de senderismo y empieza a ponerse unas zapatillas deportivas. El otro dice: «¿Pero qué haces? ¡Es imposible correr más que un oso!». Su amigo le contesta: «¡No tengo que correr más que el oso, solo tengo que correr más que tú!». Aunque es un ejemplo de chiste de viñeta, todos los días se producen escenarios parecidos, con menos en juego, en nuestras relaciones. En los Capítulos 1 y 2 examino el vínculo que existe entre la *Schadenfreude* y el beneficio personal, y muestro que una gran parte de nuestra vida emocional es el resultado de compararnos con los demás. Sacamos provecho de la desgracia de otra persona cuando esa «comparación hacia abajo» potencia nuestro rango y nuestra autoestima. Veremos que no es un beneficio nimio.

Los beneficios que Homer saca del fracaso de Ned son en su mayor parte intangibles, pero la *Schadenfreude* también es producto de cosas tangibles. Como destacaré en el Capítulo 3, una parte de la vida tiene que ver con la competencia. Un bando tiene que perder para que el otro gane. Eso está muy bien plasmado en *Apolo 13*, la película basada en la misión lunar de la NASA que estuvo a punto de acabar en desastre. En esta versión cinematográfica de los acontecimientos, Jim Lovell está descontento porque su compañero Alan Shepard y los demás astronautas de su tripulación van a ser los próximos en gozar de la ansiada oportunidad de viajar a la Luna. Pero a Shepard le surge un problema en un oído, y a raíz de ello tanto él como su tripulación son relevados

por la de Lovell. Eso es doloroso para Shepard, pero la reacción de Lovell es de euforia cuando acude corriendo a su casa para darle la noticia a su familia. Lovell no muestra ni rastro de empatía por Shepard mientras le cuenta a su esposa lo que ha ocurrido<sup>3</sup>.

Como espectadores de *Apolo 13*, lo vemos todo desde la perspectiva de Lovell, y experimentamos la buena noticia con él. Vemos que cuando un resultado es tan deseado, el valor que tiene para nosotros eclipsa todos los demás factores. El detalle adicional de que nuestro provecho es a costa de otra persona deja de tener importancia, y merma muy poco el placer que experimentamos. Sin embargo, obsérvese que Lovell no tendría ningún motivo para alegrarse de la infección en el oído de Shepard de no ser porque esa dolencia favorecía sus propias metas. No se alegraba «por» la desgracia de Shepard, sino más bien «debido a» ella. ¿Significa eso que la alegría de Lovell no era en absoluto *Schadenfreude*?

En este libro he adoptado una definición amplia de la *Schadenfreude*. La distinción entre los distintos tipos de ganancia se difumina fácilmente en nuestra experiencia. Por ejemplo, es perfectamente posible que Lovell enviara a Shepard. Como explicaré más adelante, Homer Simpson es una versión exagerada de todos nosotros. La envidia puede generar una profunda satisfacción ante la desgracia ajena, sobre todo en situaciones competitivas, y es posible que existan muy pocos casos puros de beneficio no contaminado por ese tipo de rasgos. Y, además, ¿acaso veríamos a Lovell manifestando su alegría fuera del ámbito familiar? Alegrarse por la desgracia de otro tan solo porque nosotros sacamos provecho de ella pare-

ce ilegítimo y vergonzoso. Eso le confiere el inconfundible marchamo de *Schadenfreude*.

Si la *Schadenfreude* surge en la medida que nosotros sacamos provecho de la desgracia de otra persona, cualesquiera tendencias naturales de que dispongamos para favorecer nuestro propio interés deberían fomentar ese placer. En el Capítulo 4 examino cómo la naturaleza humana tira de nosotros por lo menos en dos direcciones, una hacia el interés propio más estricto, y otra, hacia la preocupación por los demás. Nuestra capacidad de sentir *Schadenfreude* viene a subrayar el lado egoísta más oscuro de la naturaleza humana. Sin ignorar nuestros instintos compasivos, analizo algunas de las evidencias de nuestro lado egoísta, y sugiero que efectivamente esas evidencias revelan nuestra capacidad de *Schadenfreude*.

## Placer por las desgracias merecidas

¿Y qué hay del merecimiento? A veces las desgracias que sufren los demás aplacan nuestro sentimiento de justicia. En los Capítulos 5 y 6 paso a examinar ese importante motivo por el que podemos sentir *Schadenfreude*. Los ejemplos están por doquier. Tomemos el caso del pastor baptista y psicólogo clínico George Rekers.

En mayo de 2010 saltó a los titulares por utilizar una página web, Rentboy.com, para contratar a un joven de veinte años para que le acompañara en un corto viaje a Europa<sup>4</sup>. A primera vista, no parece una gran noticia, pero Rekers se convirtió de inmediato en el tema de los

chistes de Internet y de los magazines nocturnos de televisión<sup>5</sup>. Frank Rich, columnista del *New York Times*, argumentaba que Rekers es «el Zelig\* de la homofobia, pues ha desempeñado un papel destacado en muchas de las peores ofensivas contra los gays y sus derechos civiles a lo largo de los últimos treinta años»<sup>6</sup>. El hecho de que contratara a un empleado de Rentboy.com se consideraba un caso de pura hipocresía cuando el interesado afirmó que le había dado a Rekers masajes íntimos durante el viaje. Como señalaba Joe Coscarelli en su blog para la revista *The Village Voice* poco después de que el suceso se convirtiera en noticia: «Por favor, disculpen a la mayor parte del mundo progresista y tolerante por mostrarse un tanto entusiasmado y sarcástico ante la noticia...»<sup>7</sup>. Por vergonzosa que pueda ser la *Schadenfreude*, cuanto más merecida parece una desgracia, más probabilidad hay de que esa *Schadenfreude* se manifieste abiertamente, libre de vergüenza. Eso es válido sobre todo si los estándares para juzgar lo merecido de la desgracia son nítidos –por ejemplo, si alguien ha cometido delitos– o si la persona afectada se ha comportado de una forma hipócrita, como es el caso de George Rekers. El placer es colectivo y circula libremente.

Quisiera destacar que el deseo de justicia es un fuerte móvil para las personas, tan fuerte que nuestras percepciones sobre el merecimiento están *sesgadas*. Estamos particularmente sesgados en nuestras reacciones frente a los agravios personales. Nuestro placer ante la desgracia

\* El personaje camaleónico creado por Woody Allen en el falso documental homónimo. (*N. del T.*)

de algún malhechor es realmente dulce si tenemos la suerte de que ocurra ese evento que *anhelamos*. Aquí, el deseo de justicia se funde con el deseo de venganza contra una persona que nos resulta antipática, incluso a la que detestamos.

### ¿La era de la *Schadenfreude*?

¿Vivimos en la era de la *Schadenfreude*? Basta con echar un vistazo a los pasillos de las cajas del supermercado: muchas de las revistas más vendidas engalanan sus coloridas portadas con separaciones, escándalos y otras tragedias personales. La industria de la telerrealidad prospera a base de desarrollar programas que enfrentan entre sí a la gente en situaciones difíciles; las cuotas de pantalla y el gasto publicitario hablan por sí solos.

Por supuesto, Internet multiplica varias veces esas tendencias, y por eso hablamos de que una información se hace «viral». No me sorprendió averiguar lo que ocurre al teclear la palabra *Schadenfreude* en la herramienta de búsqueda NGramViewer de Google. La figura 1 muestra el porcentaje de veces que se usa la palabra *Schadenfreude* entre todas las palabras contenidas en todos los libros publicados en inglés entre 1800 y 2008. A partir de finales de la década de 1980, su uso empieza a aparecer, y se dispara hacia arriba a mediados de los noventa. Un análisis del uso de la palabra en el *New York Times* refleja pulcramente esa misma pauta: en 1980, no hubo ninguna mención; en 1985, solo una; tres en 1990; siete en 1995; veintiocho en 2000; y sesenta y dos en 2008<sup>8</sup>.

Puede que ese espectacular aumento de su uso se produzca porque la tendencia de los medios de comunicación también pasa a centrarse en las personas que padecen todo tipo de desgracias.

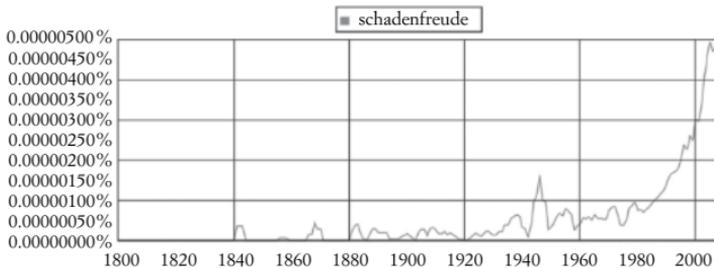


Figura 1. Ngram de Google sobre el uso de *Schadenfreude* en miles de libros publicados entre 1800 y 2008.

En el Capítulo 7 examino dos ejemplos característicos de telerrealidad, *American Idol* y *To Catch a Predator*. Ambos programas, de una forma memorable, fueron pioneros en el campo de los placeres de la humillación como espectáculo –o «humillantretenimiento», un término acuñado por Brad Waite y Sara Booker, dos investigadores de los medios de comunicación<sup>9</sup>–. ¿Por qué son tan populares esos programas? Veremos que el «humillantretenimiento», si va acompañado de una buena forma de montar y estructurar el programa, a menudo surge en el contexto de los relatos sobre el merecimiento. Esos programas aportan a sus espectadores una dieta fija de agradables comparaciones hacia abajo.

## Un bálsamo y una cura para la envidia

En los tres capítulos siguientes le presto a la envidia la atención que se merece. Aunque la envidia es una emoción dolorosa, mientras que la *Schadenfreude* es placentera, las dos emociones a menudo viajan juntas. Tal y como lo siente Homer, y como Lisa le ayuda a entender, en el Capítulo 8 detallo cómo las desgracias que sufren las personas a las que envidiamos transforman el dolor en una alegría especial. Por eso, las definiciones de la envidia a menudo incluyen la disposición a sentir placer si la persona envidiada sufre.

Se podrían decir muchas cosas sobre la envidia y su relación con la *Schadenfreude*. Dado que la envidia es una emoción tan repugnante, la mayoría de nosotros en realidad nos parecemos más a Homer que a Lisa. Nos sentimos tan amenazados por ese sentimiento que reprimimos nuestra conciencia de él, y aunque seamos conscientes del mismo, raramente queremos admitirlo. En el Capítulo 9 mostramos que eso a menudo provoca que la envidia se transmute en otras emociones, más aceptables para nosotros mismos y para los demás. En su forma alterada, la *Schadenfreude* resultante de la desgracia de una persona que envidiamos puede parecer justificada, incluso decente.

Por añadidura, habitualmente la envidia tiene una raíz de hostilidad, la cual puede engendrar insatisfacción con las formas pasivas de *Schadenfreude*. Cuando sentimos envidia, sobre todo si es una envidia intensa, no solo esperamos que le ocurra alguna desgracia a las personas que envidiamos; a veces podemos incluso encontrar formas de que ocurra esa desgracia.

## La envidia, la *Schadenfreude* y la perversión humana

En el Capítulo 10 me adentro en un territorio especialmente oscuro de la naturaleza metamórfica de la envidia. Examinó el caso especial del antisemitismo y del placer que sentían los nazis al tratar brutalmente a los judíos. Afirmo que ese ejemplo extremo de *Schadenfreude* se explica en parte por una envidia inconsciente que se ha transmutado en rencor. Cuando ocurre eso, la persona envidiosa puede racionalizar y justificar las modalidades extremas de *Schadenfreude*, así como las agresiones. Se trata del ámbito más extremo de la *Schadenfreude*, donde se producen crímenes que van «más allá de la denuncia»<sup>10</sup>.

### ¿Existen antídotos?

Aunque la *Schadenfreude* sea algo natural, ¿debemos fomentarla? ¿Alguien sería capaz de defenderlo, sobre todo cuando vemos que puede degenerar en actos dañinos? No intentaré afirmar que podemos eliminar ese sentimiento, pero en el Capítulo 11 sugiero por lo menos una forma en que podríamos moderar la probabilidad de que surja. Examinaré nuestra tendencia psicológica a preferir las explicaciones basadas en la personalidad a la hora de explicar el comportamiento de los demás. Ese error fundamental de atribución da prioridad a la *Schadenfreude* frente a la empatía cuando vemos que alguien sufre una desgracia. Nos parece que esa persona se merece su desgracia porque aparentemente no es más que una consecuencia de sus cualidades interiores. Si somos

capaces de poner freno a esa tendencia, la empatía podría imponerse a la *Schadenfreude*, y como veremos, eso fue lo que le ocurrió a Abraham Lincoln.

Permítanme dejar una cosa bien clara desde el principio. En este libro, al centrarme en la *Schadenfreude* no pretendo insinuar que los seres humanos carezcamos de una fuerte capacidad de empatía cuando los demás sufren. Por supuesto que sentimos empatía. Algunas teorías evolutivas recientes apuntan a que la naturaleza humana nos predispone *más* a las respuestas compasivas que a las hostiles. Eso podemos verlo en los títulos de algunos libros publicados recientemente. El primatólogo Frans de Waal denomina ese cambio en nuestra forma de ver la naturaleza humana como *La edad de la empatía*, el título de uno de sus libros. Dacher Keltner, investigador de las emociones, utiliza la expresión «nacido para ser bueno» (*Born to Be Good*) para plasmar ese cambio de mentalidad. Y de la misma forma que tenemos un instinto para la venganza, también tenemos un instinto para el perdón, como argumenta el psicólogo Michael McCullough en su libro *Beyond Revenge: The Evolution of the Forgiveness Instinct* [Más allá de la venganza: la evolución del instinto del perdón]<sup>11</sup>. Comprobamos que el ser humano está asumiendo cada vez más lo bueno de su naturaleza por el rápido ascenso de la psicología positiva y el énfasis que pone en un funcionamiento saludable de la persona en vez de en la enfermedad mental. Otros ejemplos son los importantes estudios sobre la comprensión de la felicidad de los psicólogos Ed Diener, Robert Emmons y Martin Seligman<sup>12</sup>. Uno de los temas recurrentes de la psicología positiva es que la empatía conduce más